

## **DOMINGO SEXTO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 10, 25-26.34-35.44-48): *Dios no hace acepción de personas.*

**Salmo** (97, 1b-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

**2ª lectura** (1ª Juan 4, 7-10): *«Quien no ama no ha conocido a Dios.»*

**Evangelio** (Juan 15, 9-17): *«Permaneced en mi amor.»*

Si aceptamos que la fuente y origen de toda energía es la fuerza de Dios, que se hace viva en cada uno de nosotros dinamizando nuestros pensamientos, decisiones y acciones, es fácil comprender la afirmación de Juan, el discípulo amado: *«Quien no ama no ha conocido a Dios»*. Si Dios es amor y por amor se instala en nuestro interior como dinamismo capaz de resolver cualquier situación humana, nada ni nadie debería privarnos de esa riqueza interior que se nos ha regalado, ya que el amor es quien mueve nuestros corazones a obrar con alegría.

No es posible que lleguemos a vivir la experiencia del amor de Dios en su plenitud sin sentir que nuestro amor es realización de la misma voluntad de Dios. Para ello necesitamos permanecer en el amor divino, y eso resulta difícil si no estimamos su voluntad. Hasta que no la estimemos y queramos como el bien supremo que mueve nuestro corazón, no podremos afirmar que cumplimos el primero de sus mandamientos.

En la conversación que Jesús tiene con sus discípulos en la Última Cena, les explica que el amor del Padre está explícito en el amor que el Maestro tiene con ellos, y les invita a permanecer en ese amor. Les comunica esto para que sientan la alegría que Él mismo siente cuando ama a su Padre. Al hablarles del amor y la alegría, que éste procura en quien ama, les invita a que prodiguen ese amor unos con otros; y añade algo más al indicarles la calidad de ese amor, que tiene que ser como el mismo amor de Dios.

No podemos pensar que de esta forma Jesús nos priva de amar libremente según nuestras propias querencias; esa libertad radical es inalienable y toca a nosotros decidir cómo, cuánto, cuándo y qué queremos. De ahí la responsabilidad también inalienable de nuestras decisiones. Lo que ocurre es que nos falta con frecuencia la debida sabiduría, más allá de la acumulación de conocimientos puntuales, para calibrar y sopesar nuestras decisiones. Estamos expuestos al engaño por la ignorancia y así podemos aceptar como bien deseable lo que de verdad puede ser nocivo para nuestra salud y bienestar.

Nuestra condición de hijos del viejo Adán debilita nuestra voluntad que se inclina fácilmente por aquello que satisface nuestra concupiscencia. El dominio de nuestra voluntad podemos recuperarlo reconociendo nuestro error y fortaleciendo nuestra voluntad, al recordar que sólo la voluntad de Dios, su querer, está libre de todo error. Si consiguiéramos querer como Dios quiere y lo que Él quiere, nunca llegaríamos a lamentarnos de haber querido algo malo. La fuerza que tiene el amor de Dios es que no le podemos acusar nunca de falta de benevolencia; por más que nosotros le ofendamos, prescindiendo de Él, o incluso procediendo contra Él, el querer de Dios nunca se vuelve contra nosotros y siempre se brinda a fortalecer nuestra voluntad.

La diferencia entre el amor de Dios y el amor del hombre no está en la voluntad de Dios, ya que queda de manifiesto que es su amor el que se entrega a los hombres para que ellos lo puedan vivir con alegría. La distancia la pone nuestra condición frágil que se manifiesta tanto en el desconocimiento del don de Dios como en la debilidad frente a otras alternativas seductoras de bondad. El mejor regalo y la mejor ayuda para superar este estado de debilidad es activar en nosotros el don de sabiduría que nos permite conocer y saborear toda la riqueza del amor de Dios. Cuanto mayor es la conciencia del amor de Dios, vivo en nosotros, mayor atracción sentimos por cumplir su voluntad, su Ley.

Nunca hay que dar las cosas por sabidas o por hechas. Nuestra memoria suele ser frágil y, a menudo, olvidamos las cosas verdaderamente importantes y centrales de la vida: *“quiénes somos y cómo hemos llegado hasta aquí qué es lo fundamental”*. Quien cuida su memoria tendrá capacidad para recoger lo mejor de su historia pasada y podrá enriquecer el presente; y tampoco olvidará lo negativo para no volver a repetirlo.

Los cristianos somos y vivimos haciendo memoria de Jesús y cuando no lo hacemos así nos perdemos por los caminos de la historia. *«Haced esto en memoria mía»* les dijo en la última cena. Jesús no quería que lo olvidáramos porque aquel gesto y aquellas palabras simbolizaban toda su vida. Una vida entregada por amor.

¡No olvidar! ¡Tener memoria! Por eso, hoy Jesús nos insiste: *«Permaneced en mi amor»*. Palabras a las que hemos de volver una y otra vez para no olvidarlas y para hacerlas vida, sus seguidores. No son unas palabras cualesquiera, son el centro del cristianismo, el testamento de Jesús: *«Esto os mando, que os améis unos a otros, como yo os he amado»*. Si nos olvidáramos de este mandamiento, traicionaríamos la memoria de Jesús. El cristianismo se convertiría en la sal que se vuelve sosa y ya no sirve sino para tirarla a la basura. Conozcamos a Dios amando a los de cerca y a los de lejos. Creamos y hagamos nuestras las palabras de la primera carta de Juan: *«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»* (1 Jn 4,16).